

LOS MARGINALES DE LAS ALTURAS DEL MIRADOR

Pablo Rodríguez Ruiz, Ramón Claudio Estévez Mesquía, Tania Canet Iglesia
(versión pre-print del capítulo II)

Cap. II. Formación de la comunidad. Identidad y procesos de resistencia. El barrio, su formación.

La localidad objeto de estudio, es conocida como Alturas del Mirador. Se localiza en el municipio de San Miguel del Padrón, en los límites exteriores de la ciudad, muy próximo a las 8 vías. Ocupa un área muy amplia que va desde Marta y Final en el paradero del rutero 2 por el oeste, hasta Altura del Mirador al este y las 8 vías por el sur. La formación del barrio responde a una lógica que se repite, a la vez que reproduce características nuevas. La población emigrante y otros segmentos empobrecidos que no pueden acceder a localidades urbanas valorizadas, ya sea por el alto costo en el mercado de la vivienda o por encontrarse estas copadas, se asientan en espacios deprimidos, de escaso valor y sin infraestructuras urbanísticas. Allí construyen viviendas precarias, con el único orden del dictado de la necesidad de aprovechar cualquier espacio libre. El resto de los aspectos que modulan la construcción del modo de vida y el ambiente cultural de estas comunidades viene con la indiferencia y el olvido por las estructuras del poder y cierto sentimiento de vergüenza entre las elites que tienden a ocultar estas realidades en la medida de lo posible. Esa fue a grandes rasgos la historia del Fanguito, las Yaguas, el Palenque y otros que aun se conservan en la geografía habanera.

El impacto de la revolución sobre esta herencia de pobreza y marginalidad es innegable. Algunas de estas barriadas desaparecieron con la reubicación de sus habitantes en viviendas dignas, otros perduran con su cara de pobreza, pauperismo y de conflictividad social, pero a la vez, con sustanciales cambios socioculturales. A pesar de las limitaciones de recursos que no permiten su transformación radical, en ellos se siente la presencia de un tenerlo en cuenta. Estructuras del poder popular, organización de los vecinos en CDR, el médico de la familia que les corresponde, que es su médico y no es prestado, talleres de reanimación que hacen esfuerzos por ir mejorando las condiciones de vida, promotores culturales y trabajadores sociales que los acompañan en la participación, son algunos de los aspectos que han contribuido a cambiar en estas comunidades la sensación de olvido por la de espera. Ese acto de esperar de forma activa, de no saberse olvidados, los incorpora y los retrotrae de la marginalidad, al menos de esa marginalidad que molesta y da picazón, que excluye y aparta de una centralidad elitista. Ellos están en nuestra realidad como un testimonio acusador del pasado y un dedo que señala insistentemente nuestras limitaciones e insuficiencias. Pero están inmersos y participando plenamente de las oportunidades abiertas para todos, sin otros límites que no sean los que se derivan de su situación. Sin embargo, el caso que nos ocupa solo refleja en parte esa herencia estructural. Su constitución como comunidad se produce en medio de la crisis de los noventa. Constituye, por tanto un fenómeno en gestación.

El asentamiento Alturas del Mirador fue levantando en terrenos periféricos, no urbanizados, por lo que carece de todos los servicios propios de las infraestructuras urbanas: redes de alcantarillado, acueducto, alumbrado público, calles y otros. De cómo se fue constituyendo existen varias versiones que se corresponden con áreas determinadas del barrio. Una de ellas, reconocida por más de un informante como fidedigna es la siguiente:

“ ... Una de las primeras personas que vino a vivir en este barrio, fue mi tío. Ellos tienen papeles y todo. Eso fue en el año de 1992. Cuando aquello, la cosa estaba

malísima. No había ni donde amarrar la Chiva. Toda esta área era un marabusal¹ y en él, todos los días mataban una vaca, para vender la carne en el mercado negro. Mi abuelo, que es de Santiago de Cuba, se pasaba bastante tiempo en la casa de mi tío que vivía en Alturas del mirador, en el barrio ese que está allá afuera. Un día mi abuelo se acercó al jefe de sector, que se llama Víctor, y le planteó que por qué él no lo autorizaba a chapear todo ese terreno y hacer una siembrita en el lugar, que así quizás disminuía la matanza ilegal de ganado. Era un negocio redondo para los dos. Para mi tío y mi abuelo, porque en aquellos momentos no era fácil conseguir la comida, con lo que diera la tierra se podía ir resolviendo. Para el Jefe del sector de la PNR también, porque así se quitaba de arriba una zona que siempre le estaba trayendo problema con el hurto y sacrificio de ganado mayor. Con aquel terreno limpio, sembrado y cuidado, era muy difícil que los delincuentes vinieran a sacrificar una vaca. Entonces el Jefe del sector le dio una carta a mi abuelo autorizándolo a utilizar ese terreno. Mi tío conserva esa carta.

Ellos se metieron y chapearon todo el marabusal que aquí existía y lo sembraron. Como les robaban algunas de las cosas que tenían sembradas, mi abuelo le pidió autorización al mismo Jefe del sector de la PNR para construir un cuartico improvisado de madera para de esta forma poder cuidar la siembra y protegerse del sereno y las lluvias. Lo autorizaron y lo construyeron. Mi abuelo estuvo como seis meses en eso y después se fue para Santiago. Mi Tío, el que vivía en Alturas del Mirado, siguió con lo de la siembra, pero un día se separó de la mujer y esta lo botó de la casa. Entonces agrandó el cuartucho aquel que habían hecho para cuidar la siembra y se instaló en él. Hizo su casa. El ya no vive aquí porque le dieron casa por la fabrica en la que trabaja en el Cotorro, pero conserva la que construyó, que es esa que tú ves allí. Luego, él empezó a darle pedazos a sus hermanos, a otros parientes y amigos. Casi todas las personas que viven por esta área son parientes. Después fue creciendo hasta que se copó todo de casas. Fijate si se ha llenado que cuando yo me decidí a venir a vivir para acá tuve que comprar mi casa y mi terreno, pagué 6 mil pesos por ello.

Yo ya había vivido en la Habana, por allá por Puentes grandes, con una tía mía. Pero me fui para Oriente. Estando allá fue que conocí a mi esposo. Nos casamos, pero yo estaba por allá y él por aquí. Él es policía. Aquello no lo aguantaba nadie. Por eso me decidí a venir a vivir para acá. Como ya tenía la familia en este barrio y no había otras posibilidades de vivienda, compramos esta casita y nos instalamos aquí. (Notas de Campo, mestiza, 32 años, jefe de núcleo, con enseñanza técnico profesional.)

En el testimonio de otro informante la historia encuentra su verificación cuando apuntaba:

Yo soy de aquí de la Habana, pero fui una de las primeras personas que llegó al barrio. Cuando aquello todo esto estaba lleno marabú no había una sola casita. Yo me asocié con Antonio Sánchez para chapear todo esto y dedicarnos a la siembra. Hicimos un rancho para cuidar lo que sembrábamos y ese fue el que él convirtió en su casa cuando la mujer lo boto. Después fue que empezaron a llegar más personas. Casi todo el mundo que vive en esta zona de aquí para allá, está emparentado con él. Por eso nosotros le decimos a esta parte el barrio la de los Sánchez. Así lo conoce casi todo el mundo. (Notas de campo. Informante blanco, 36 años, 12 grados de escolaridad y nacido en Ciudad de la Habana.)

Las estrategias de sobrevivencia aparecen de este modo en el origen de la comunidad. En un lugar de cultivo el emigrante encuentra los intersticios necesarios para asentarse en la ciudad con lo que el lugar de cultivo deviene en todo un barrio ilegal.

¹ Marabusal: es un terreno cubierto de marabú (*Leptoptilus crumenifer*), planta espinosa en forma de arbusto que cubre el terreno haciéndolo inservible.

La influencia de los patrones de parentesco no solo aparece como elemento movilizador de los flujos migratorios, sino también se refleja en la ocupación del espacio. En diferentes áreas aparecen grupos de casas cuyos ocupantes están emparentados entre sí, generando conjuntos de familias nucleares vinculadas entre sí por lazos de consanguinidad o afinidad.

La emigración como factor formador de la comunidad.

La influencia de las migraciones internas en la conformación del barrio se manifiesta de modo claro al registrar el lugar de nacimiento de las personas que en él residen. Para recoger esta información en el terreno se definieron un conjunto de variables mutuamente excluyentes entre sí. Estas fueron: (1) los nacidos en el barrio, (2) los que nacieron en el municipio en el que está enclavado el barrio pero no dentro de su espacio territorial, (3) los que nacieron en otro municipio de la ciudad en la que está enclavada la comunidad y (4) los que nacieron en el resto de las provincias del país, registrándose la provincia en la que nació cada persona interrogada, en este caso 638.

Con el objetivo de resumir el número de variables se agrupó la información. De este modo la variable Ciudad de La Habana agrupa a los nacidos en el municipio, pero no en el barrio y los que nacieron en otros municipios de la capital. Bajo la denominación Occidente se agrupó a las personas residentes en el barrio que vieron la luz por primera vez en las provincias de Pinar del Río, Provincia Habana, Matanzas y el municipio especial Isla de la Juventud. En la región Centro Camagüey, se agruparon a las provincias de Villa Clara, Cienfuegos, Santi Spiritus, Ciego de Avila y Camagüey. Por último en la región oriental se distinguieron dos áreas, la conformada por las provincias Las Tunas y Holguín y la del cinturón sur oriental: Granma, Santiago de Cuba y Guantánamo. Los resultados de la información pueden apreciarse en la tabla siguiente.

Tabla nro. 1. Lugar de nacimiento de la población residente, en %.

nro	Lugar nacimiento	%
1	En el barrio	11.5
2	Occidente	3.3
3	Ciudad de La Habana	10.3
4	Centro - Camagüey	2.8
5	Tunas Holguín	12.8
6	Sur Oriental	59.2
7	Subtotal oriente	72.0
8	Total	100

Fuente: datos de la muestra.

Los nacidos en Ciudad de la Habana y en el propio Barrio suman en su conjunto el 21,8 % de la población. Quiere decir que el restante 78,2 % nació en otras provincias del país. Se trata, por tanto, de una localidad formada fundamentalmente por emigrantes. De ellos, la inmensa mayoría, provienen de las provincias orientales (72 %), en particular de la franja sur oriental (Granma, Santiago de Cuba y Guantánamo). Esta región ha sido históricamente, y continúa siendo, una de las más deprimidas del país. A las desproporciones heredadas y las condiciones geográficas dominada por los macizos montañosos de la Sierra Maestra, se le suman en los últimos años un proceso acelerado de deterioro de los suelos, clasificados en una proporción muy alta como poco

fértiles², dando lugar a una agricultura precaria y de bajos rendimientos en muchas áreas, en correspondencia con la baja fertilidad de los suelos. Ante estas circunstancias, los efectos de la crisis se hicieron sentir con particular agudeza en dichas regiones, acentuando las desproporciones que ya existían y su percepción por las personas, muchas de las cuales optaron por la emigración como una estrategia de vida. Así, el tipo de migración que dio lugar a la formación del barrio, refleja de cierto modo la existencia de desproporciones heredadas, no superadas y particularmente agudizadas por los efectos de la crisis.

Las personas que provienen de Occidente y Centro Camagüey, no sobrepasan el 6,1 %. Se puede definir, por tanto, que el barrio es una comunidad de emigrantes orientales. Al formar parte y fundirse con estos en una comunidad que ha sido etiquetada, los hace a ellos también orientales, palestinos.

La apropiación del espacio que estos protagonizaron es un fenómeno que está sujeto a un conjunto de condicionantes, tales como la información de las posibilidades de asentarse en el lugar, determinado apoyo para sobrevivir mientras crean condiciones, y motivaciones para realizar el cambio. En tal sentido, al analizar la influencia de los procesos migratorios en la formación del barrio se requiere explorar en esta dirección.

Una variable que permite aproximarse a determinados aspectos de este proceso es la última residencia de la persona antes de haberse fijado en la localidad. Ello permite describir, al menos un momento del proceso migratorio que condujo al individuo hasta el barrio. Los indicadores definidos para esta variable fueron los siguientes: (1) los que llegaron al barrio directamente de la provincia en la que nacieron (2) los que provienen de una provincia diferente de la que nacieron (3) los que antes de vivir en el barrio vivieron en el mismo municipio en el que está enclavado (4) los que vivieron en otro municipio de la ciudad en la que está enclavada la comunidad (5) los que residieron en albergues vinculados a la actividad productiva, movilizaciones militares u otros antes de residir en el barrio y (6) los que provienen de otros barrios ilegales o llega y pon. En la tabla siguiente se muestra los resultados de cruzar esta información con la provincia de nacimiento.

Tabla nro. 2. Lugar de nacimiento y última residencia antes de vivir en el barrio en %.

Última residencia antes de asentarse en el barrio ilegal.	Lugar de nacimiento					
	Occidente	Ciudad de La Habana	Centro Camagüey	Tunas Holguín	Total Oriente	Total
En la provincia en la que nacieron	61.9	47.7	27.8	54.3	46.3	41.1
En otra provincia, distinta a la de nacimiento	14.3	7.7	22.2	12.3	11.8	10.4
En el municipio en el que está el barrio.	4.8	15.4	22.0	11.1	10.5	10.1
En otro municipio de la ciudad.	4.8	26.2	22.2	19.8	26.6	21.2
En albergues de movilizandos.	4.8	0.0	0.0	2.5	6.1	4.6

² Al respecto puede consultarse a Instituto de Geografía . CITMA (1989) Atlas geográfico de la República de Cuba.

En otro barrio ilegal	0.0	3.1	0.0	0.0	0.4	0.6
Sin información	9.5	0.0	5.6	0.0	0.2	0.6
Total	100	100	100	100	100	100

Fuente: Datos de la muestra.

Nota: El total no suma el 100 %, por la existencia de un 11 % de personas que nacieron y han vivido siempre en el barrio.

Las proporciones más altas se concentran en las personas que vinieron a residir al barrio directamente de las provincias en las que nacieron. Ello quiere decir que la decisión de asentarse en el lugar se tomó a cientos de kilómetros del mismo y en muchas ocasiones sin un conocimiento en todos sus detalles de su geografía y sus condiciones. Este grupo mayoritario no refleja un acercamiento paulatino a la localidad. Al comparar estas proporciones con la de los que antes vivieron en algunos de los municipios de la capital, resulta que estas últimas son aproximadamente 1,5 veces más baja. De este modo, si se consideran a estos últimos como la vanguardia de dichos movimientos migratorios - o sea, aquellos que asumen más riesgos o que ya tenían alguna cobertura dentro de la ciudad y al asentarse primero se apropiaban de la información sobre el lugar - se podrá comprender como cada individuo que se asienta genera la posibilidad de arrastrar detrás de sí entre 1,5 mínimo y 5 personas más, o sea, compromete el potencial migratorio en una ecuación geométrica. *“...Nosotros vinimos de oriente directamente, pero aquí ya vivía una hermana mía. En la actualidad los 6 hermanos vivimos en el llega y pon. El único que no tiene casa es este que vive conmigo...”*; comentaba una informante mestiza, embarazada y con un niño de meses en los brazos, para dejar un testimonio de las formas en que se estructuran esas redes y sus potencialidades.

Por otro lado, si se comparan las proporciones de los que llegaron de su provincia de nacimiento al barrio, con los que realizaron escalas en otros lugares – expresión de alguna experiencia migratoria anterior - se evidencia que las proporciones de estos últimos, con excepción de los provenientes de la región occidental, es mayor. De lo que se puede deducir que la comunidad no solo está formada por emigrantes, sino también por emigrantes que antes de asentarse ya habían tenido en su mayoría alguna experiencia migratoria anterior. Este último aspecto se insinúa como un factor que tiende a potenciar los procesos migratorios.

Dentro de la lógica anterior se destaca una proporción de personas (4,6 %), relativamente alta para una comunidad, cuya última residencia antes de llegar a vivir en el barrio fue en un albergue vinculado a movilizaciones productivas u otras formas de servicios. Esta proporción se eleva significativamente entre las personas provenientes de las provincias orientales. *“...Yo llevaba más de 3 o 4 años viviendo solo en un albergue de constructores del contingente Blas Roca. Me cansé de estar así, solo, sin tener a nadie a mi lado. Me enteré que aquí se podía construir una casita. Vine, compre un pedazo de tierra, levante esto que tu vez aquí y fui a buscar a mi viejita...”*. (Informante, masculino, 57 años, obrero de la construcción). *“...Mi hermana, la que primero llegó aquí estuvo antes albergada en un campamento de un contingente agrícola...”*, apuntaba la informante embarazada. *“...Antes de yo vivir en el barrio estaba en un albergue de la escuela de la policía. Yo fui instructor de artes marciales y defensa personal de la policía especializada, pero tuve un problema con un jerarca y me sacaron, entonces vine a vivir para el barrio...”*. (Informante negro, 42 años, 12 grados de instrucción). Las historias personales y los testimonios de ese 4,6 %, van tejiendo un relato de cómo en nuestras condiciones concretas, estimulado desde las estructuras del poder, se ha utilizado la fuerza de trabajo de regiones deprimidas en las que el

empleo escasea -que se pueden considerar marginales respecto a centros luminosos-, ha sido utilizada para cubrir déficit de mano de obra en ocupaciones rechazadas por la población de estas áreas centrales, así como de algunas de las consecuencias sociales de este estilo de solución a dicho problema.

El cruce de la última residencia con el sexo (ver anexo), deja ver, en líneas generales, algunas de las características de este proceso de asentamiento en el lugar. Entre las personas que vinieron directamente de su provincia a asentarse en el barrio, predominan las del sexo femenino, mientras que las que pasaron primero por un albergue relacionado con una actividad productiva son los hombres. Los varones también tienen una mayor presencia entre los que han tenido más de una experiencia migratoria. Ello insinúa la existencia de un mecanismo mediante el cual las redes de parentesco se activan durante el proceso de migración y ocupación del espacio. Lo más característico de este proceso es que primero llegan los hombres y una vez que logran crear un mínimo de condiciones traen consigo a sus mujeres e hijos.

Dentro de los diferentes flujos migratorios que han contribuido a la formación del barrio merece atención, a pesar de ser apenas un 0,6 % de la población, los que llegaron al mismo provenientes de otros lugares y por. Más que en la significación cuantitativa en cuanto a la formación del barrio, esta cifra adquiere relevancia porque denuncia la existencia de interconexiones entre asentamientos de características semejantes. Dichos nexos se configuran por diferentes canales: permutas, compras y ventas, alquileres de viviendas, matrimonios entre individuos y su localización en el lugar de residencia de uno de los miembros de la pareja o socios en la lucha por la vida que dan hospitalidad a sus cofrades para generar una población flotante que se mueve en este mundo de miserias pero de menor control social. Estas circunstancias hacen sintomático el hecho de que, la proporción de estos entre los nacidos en la Ciudad de la Habana se eleva 5,2 veces, alcanzando un porcentaje que se hace significativo (3,1 %). La forma particular en que se elevan estas proporciones entre los nacidos en la capital hacen pensar que dentro de la masa de emigrantes que han ocupado el lugar como una alternativa y una posibilidad de mejorar su vida, aprovechando las condiciones de laxitud de los mecanismos de control social en estos lugares, concurren hacia ellos un determinado número de personas que han hecho de la práctica delincinencial un modo de vida. Ello contribuye a exacerbar las prevenciones sociales hacia estas comunidades humanas y su consecuente rechazo para de esta forma cerrar un ciclo de exclusión, que repite la forma histórica de formación de muchas localidades marginales antes del triunfo de la revolución.

Otras versiones en la formación del barrio. La aparición de la oposición.

Los prejuicios contra los residentes en el barrio constituyen otros de los mecanismos de su aislamiento social. Estos tienen una fuerte carga de negatividad como lo ilustra el testimonio de una vecina de las proximidades cuando afirmaba:

“...Los palestinos, esas gentes son como las termitas. Llegan y se meten por todos lados. Construyen túneles, laberintos y allí se asientan de cualquier forma. Vienen con cuatro palos y con cualquier cosa hacen sus casas. Como no traen nada consigo, todo lo que encuentran a su paso, lo arrasan, se lo llevan para sus casas. Una silla que dejes en el portal, un bombillo, lo que encuentren lo cargan. No tienen sentido de la propiedad, ni de los límites. Si se te cuelan en la casa, a los tres días se te empiezan a hacer indispensables, al cuarto están trayendo a la hermana o al compadre y al quinto te botan a tí de tu casa. Después te la convierten en un palomar, empiezan a construir barbacoas y pisos complementarios donde quiera que haya un espacio y a meter gentes allí. Lo que era una

casa termina siendo una ciudad. Que va, el peor castigo que me puede dar uno de mis hijos sería empatarse con un oriental, ese sería el fin de la casa y el principio de una comunidad tribal ...” (Notas de Campo. Informante blanca, residente fuera del asentamiento, 48 años, con 12 grados de escolaridad y trabajadora del comercio)

El vecino de la localidad se sabe objeto de las prevenciones. Esa certidumbre la incorpora como un filtro a través del cual pasa su experiencia cotidiana e histórica. Se afirma también como sostén y justificación moral ante los actos cotidianos de una supervivencia adversa y llena de imponderables. De ello uno de nuestros informantes dejaba un testimonio cuando apuntaba:

“...Aquí nosotros somos los palestinos, los extraños. No se nos quiere. En el 95 intentaron inclusive desbaratar todo esto. Lo que las gentes se puso dura y esto se puso malísimo. Sacaron cartelones para afuera que decían: viva la revolución, abajo el desalojo y otros con la frase, Fidel, ¿si tú también eres palestino, por qué nos quieres sacar de aquí? La gente se reviró y llegaron a virar al revés una perseguidora. Hasta aquí llegó un general que fue el que dijo que nos dejaran tranquilos. Pero eso ha sido a medias. Cada vez que un inspector de la vivienda quiere cumplir el plan de multas, solo tiene que entrar aquí al barrio y tocar en la primera puerta que se le ocurra. Llega y te pone la multa. A eso uno se va acostumbrando, va, paga la multa y sigue para adelante. Donde todo el mundo reacciona es cuando intentan sacar a alguien. Hace poco trataron de sacar a unos viejitos que viven por allá alante. Allí se volvió a formar la de San Quintín. Todos corrimos para allá a defenderlos y hasta el presidente de la zona de los CDR de la parte legal se puso del lado de los viejitos. No pudieron sacarlo. Cuando algo de eso va a suceder aquí todo el mundo se une. Porque uno sabe que siempre han estado haciendo intentos para sacarnos de aquí. Yo conozco un guajiro, que te puedo llevar a su casa, porque he trabajado con él, para que te cuente. Todas estas tierras donde está el asentamiento son de él. Incluso, cuando estaban con la lucha de sacarnos de aquí, lo fueron a ver los de la ANAP, para que él reclamara estas tierras y él dijo que no las quería. Estas son las tierras del asentamiento...” (Notas de Campo, informante negro, 38 años, con 12 grados de instrucción, nacido en Guantánamo, trabajador informal en lo que aparece y esposo de una jefe de núcleo)

Las tierras a cuya propiedad renuncia el campesino, leyenda o historia, se incorpora al imaginario popular con la necesidad de atenuar las consecuencias del acto mismo de ocupación del espacio y hacer de la reclamación de la legalidad por las autoridades, un acto de injusticia que los victimiza. En ello se devela otro aspecto de la construcción de una ideología colectiva en la que se van a ver reflejados y a través de la cual, van a asimilar la experiencia histórica. De una historia corta, pero intensa, en la que el nosotros los de adentro y los de allá afuera, que nos detestan y agreden, encuentran una constante reafirmación. Así, la oposición desde la que se gesta la identidad es una oposición defensiva que deriva hacia un principio de resistencia.

La construcción de una representación de sí mismos como víctimas, es un aspecto medular de esa psicología y esa ideología que los autojustifica, los impulsa a resistir y los unen ante los actos de agresión venidos desde afuera: *“...Todos corrimos para allá a defenderlos. (...) No pudieron sacarlo. Cuando algo de eso va a suceder, aquí todo el mundo se une...”* Ello se alimenta con el recuerdo de la experiencia vivida que se incorpora como historia colectiva de esa resistencia. En ella, las pequeñas victorias, ya sea evitar que derrumben una casa o haber alcanzado el primer lugar en las donaciones de sangre del municipio, de los CDR pasan a ser sentido de orgullo colectivo y confirmación de esa resistencia.

Las historias personales en torno a los motivos que los llevaron a venir a vivir al barrio complementan en gran medida todo ese proceso de construcción de sentidos de la realidad en la que viven inmersos. A la vez, en muchas de ellas es posible descubrir cómo se fue formando el barrio desde un inicio.

“...Mira chico, uno se va poniendo viejo. Los hijos se te casan y vienen los nietos. La casa se te va llenando. Empiezan a formarse problemas en la casa, broncas entre los hijos o entre los maridos o las mujeres de tus hijos. Llega el momento que uno no cabe en la casa. Eso era lo que me estaba pasando a mí. En mi casa ya no cabía nadie más y la vida se me estaba haciendo un infierno. Yo pasaba mucho por aquí por problemas de trabajo. Cuando aquello no había aquí, ninguna casa. Solo una, por allá por lo de los Sánchez. Cuando la tormenta del siglo tu sabe que se cayeron muchas palmas y que había mucha madera regada por donde quiera. Me dije, aquí mismo está tú solución. Empecé a recoger madera y a acarrear palmas caídas para debajo de esa mata de mango. Yo solo, las fui picando y a hacha y machete hice las tablas. Después construí esta casita y vine a vivir para acá solo con mi vieja. Les dejé todo a los muchachos. Cuando aquello no había por aquí prácticamente ninguna casa, después fue que empezó esto a llenarse de gente. Pero eso es ahora, cuando yo llegué no era así como tú lo ves. A pesar de todo, aquí estamos tranquilos, sin lujos, con muchas necesidades, enfangándonos los pies cuando llueve, tomando el agua del pozo, pero tranquilos sin nadie que nos joda. Mi vieja y yo y nadie más ...” (Notas de Campo. Informante Blanco, de 67 años, obrero de mantenimiento del comercio, con 9^{no} grados, nacido en Ciudad de La Habana y jefe de núcleo).

Otra historia diferente, refleja una situación muy parecida, que las personas viven, experimentan y sufren, pero no llegan a comprender en toda su dimensión. Relataba otro informante:

“...Yo soy de Santiago de Cuba, pero llevaba ya mucho tiempo viviendo en la Habana antes de vivir en el barrio. Yo tengo libreta y todo. Tengo dos trabajos: de pantrista en un hospital y de custodio. Mis dos hijos nacieron en la Habana. Uno de ellos es militante de la UJC. Yo vivía con el padre de mis hijos en 10 de octubre, bien casada con él. Él es una persona más vieja que yo y un tipo muy amargado. Una persona estudiada, pero con un carácter del diablo. Es licenciado en pedagogía. La cuestión es que un día este señor y yo tuvimos un problema, él salió fue hasta la casa de un hermano suyo que era policía, le robó la pistola y vino y me pegó un tiro. No te estoy engañando, mira la cicatriz – la mujer se sube la blusa y enseña la marca muy cerca de la parte baja del seno-, aquí mismo, al ladito del corazón. No me mató de milagro. Después de aquello él fue a cumplir, pero cuando salió de la cárcel, las cosas se me pusieron difíciles. Regresó a su casa, a compartir el mismo techo conmigo y sus hijos. La vida se me convirtió en un infierno. Tú ves el cuerpo este que yo tengo, pues en aquel entonces no pesaba más de 80 libras y tenía un salto en el estómago que no se me quitaba. Por allá por mi casa pasaba una de las mujeres de este barrio que salen a vender y yo conversaba con ella. La atendía y en ocasiones le compraba alguna que otra cosa. Un día, ella que me veía en las condiciones en que yo estaba viviendo me dijo, que por que yo no me quitaba todo aquello de encima, que viniera y construyera mi casita aquí en el llega y pon, que ella misma me facilitaría el terreno. Eso hice. Primero reuní las tablas pero me las robaron. Después las volví a conseguir y con la ayuda de los vecinos levanté esta casa que tú estas viendo. Después de aquello, el que era mi esposo me hizo firmar una carta de abandono del hogar y fue al CDR, de la cuadra para que supieran que yo no tenía derecho sobre su casa. Yo le firmé todo y fui al CDR y dije que no quería nada. Desde entonces no sé cuántas libras he aumentado y ya no tengo

el salto ese en el estómago. Estoy tranquila con mis hijos. Lo único malo aquí es cuando llueve que uno se enfanga para salir, pero bueno yo tengo un par de botas que me pongo hasta que salgo a la calle y luego me las cambio por los zapatos de ir a trabajar o salir...”
(Notas de Campo. Informante negra, 39 años, trabajadora de los servicios, nacida en Santiago de Cuba, con 12^{no} grado de escolaridad y Jefe de núcleo)

Acentuando la militancia política del hijo y sus dos trabajos proclama su decencia, para luego exponer la disyuntiva que la llevó hasta este lugar. Disyuntiva que es muy semejante al relato anterior. La inexistencia de un mercado de la vivienda que flexibilice su uso y tenencia, así como de formas alternativas de acceder a ella, lo que junto a la escasez de este bien, propicia situaciones verdaderamente insolubles y que se desarrollan en espiral, cuando las relaciones familiares y la convivencia se torna tensa y conflictiva. Ese carácter de insolubilidad, más experimentado que pensado, les da una razón y una justificación para su estar allí. Ello también los mueve y los afianza en su resistencia.

Otros enfatizan en las diferencias regionales concebidas desde la percepción personal como una situación de ahogo, de carencia de toda perspectiva, de la que se sale escapando hacia otros lugares. De este modo, al comparar las condiciones de vida de hoy con las de ayer encuentran también justificación a sus actos. Al respecto aparecen opiniones como las siguientes:

“... A pesar de la ilegalidad, las multas, el acoso de la policía que cuando nos cogen sin carnet de identidad nos quieren mandar para oriente de vuelta, del fango y todo esto que tú vez, aquí estamos mejor que allá. Allá en lo único que se podía trabajar era en la agricultura por 148 pesos al mes. Tenías que vivir con lo poquito que te dieran por la cuota y algo de fongo que se consiguiera por fuera, nada más. No había más búsqueda, ni manera de inventar nada más. Aquí por lo menos tú sales, vende cualquier cosa y te buscas 20 pesos en el día. Es verdad que en ocasiones te pesca la policía y te clava una multa de 1500 pesos, con lo que se te ponen las cosas negras; pero a pesar de todo puedes comprar de vez en cuando un pedazo de carne para los muchachos ...” (Notas de campo, Informante negro, 40 años, 11^{no} grado de escolaridad, trabajador informal)

Otro relataba:

“...Mi papá se hizo veterinario después de la revolución y mi mamá siempre ha sido ama de casa. Actualmente ya el viejo se retiró y lo que le dieron de retiro fueron unos 120 pesos. El se ganó un panda, lo que quiere decir que tiene que pagar 63 pesos todos los meses por el televisor. O sea, que lo que le queda para vivir todos los meses son unos 60 pesos. Con eso nadie vive en este país. Allá, con las ofertas de trabajo que teníamos no lo podíamos ayudar. Sin embargo, desde que estamos aquí, con lo que me da el puestecito este de viandas y lo que luchan mis hermanos, podemos reunir entre todos de 100 a 200 pesos todos los meses y mandárselos a ellos. Con eso y con la cuota de la libreta de nosotros que la cogen por allá, ellos se van aliviando y viviendo mejor...” (Informante mestiza, 38 años, 10^{mo} grado de escolaridad y nacida en Guantánamo)

Un obrero agrícola que no cambió su estatus con el movimiento migratorio hace cuentas también de su situación pasada y presente cuando relataba:

“...Mira chico, yo lo único que he hecho en mi vida es trabajar como un mulo. No sé hacer otra cosa. Lo poco que aprendí, lo aprendí después de grande. Lo que tengo es un sexto grado mal aprendido y no tengo carácter para vender y comprar cosas como hacen otros. Allá trabajaba en la agricultura y aquí también. Lo que pasa es que con lo que me pagaban

allá no me alcanzaba ni para comprar una caja de cigarrillos. Aquí no tengo trabajo fijo, pero trabajándole a los guajiros me busco todos los días 12 o 14 pesos. O sea, me da para los cigarrillos y algo para comer. Que si yo prefiriese trabajar con el Estado, lógico que lo preferiría, si pagaran mejor. El trabajo con el Estado te da garantía y te asegura un retiro. Pero por 6 u 8 pesos no se puede trabajar en la agricultura...” (Informante negro, 59 años, nacido en las Santiagos de Cuba y jefe de un núcleo de dos personas)

El alivio del sufrimiento pasado es un tema recurrente en el discurso y la conversación. Es una razón y una compensación ante las miserias de todos los días. Subyace o se expresa de forma clara, pero está siempre presente en el discursar. Forma parte de esa fuerza que los impele a no volver atrás. Para algunos, inclusive, se confunde con el recuerdo de naves quemadas que los obliga a resistir, al dejarlos sin ninguna posibilidad de retorno o retroceso. Para estos, cualquier expectativa de vida sólo se puede construir hacia el futuro, al no tener, salvo el recuerdo, nada atrás en el pasado. En la historia de cómo se formó otra de las áreas del asentamiento resaltan mucha de estas cuestiones.

“...Nosotros somos de Santiago, de un lugar que se llama los Caminos de San Luis. Ese es un pequeño pueblecito que está entre Santiago y Guantánamo, que lo único que tiene es un parque grande. Ese parque nunca se me va a olvidar, porque allí pasamos muchas noches con las estrellas como único techo. Nosotros vivíamos con mi mamá en la casa de su esposo, pero ella tuvo un problema con él y este la sacó de su casa. . Como no teníamos a donde ir, fuimos a parar al parque. Yo tenía cuando aquello 15 años(...) En el parque estuvimos durmiendo un buen tiempo, yo mi mamá y mi novio que es hoy mi marido y padre de mi hijo. Yo no recuerdo cuanto. Después nos fuimos para Camagüey, a la terminal de ómnibus de esa ciudad. Utilizábamos los baños públicos para hacer las necesidades y bañarnos o lavarnos un poco. Por el día salíamos a buscar los pesos de la comida en lo que fuera, chapear un patio, recoger latas de aluminio para venderla en materia prima, y hasta pedir dinero, lo que fuera. En ocasiones se comía, en otras no. Aquello no había quien lo aguantara(...) Yo tengo una hermana que vive aquí en el Diezmero, pero su casa es muy pequeña. A pesar de eso decidimos venir para la Habana. Imagínate la situación en la que pusimos a mi hermana ante el marido. Ellos que apenas caben en su casa y le caímos de flait tres personas más, sin libreta ni nada, y esto en el año 1992, que no había ni donde amarrar la chiva(...) Mi hermana empezó a averiguar si había algún lugar donde hacer una casita. Llegó hasta aquí, que era una zona completamente despoblada. Los únicos que vivían aquí eran los Leyva, que tenían su casa legal, con reloj de electricidad y todo. Ellos ya se fueron del barrio. Mi hermana vino y habló con ellos y ellos le dieron un pedazo de tierra que estaba lleno de marabú. Mi mamá, mi novio y yo lo chapeamos, y empezamos a buscar los materiales para construir la casa. Muchos de los postes del propio marabú lo utilizamos. Después, Magdalena, una vecina de mi hermana nos regaló como 10 planchas de “pleybo” para las paredes. El resto de los materiales los fuimos consiguiendo por aquí y por allá, así fuimos levando la casita hasta que la tuvimos completa(...) Aquí llevamos más de 12 años. Cuando aquello, en todo esto no había una casa. Nada más que estaba la de los Leyva, la que construimos nosotros y la que hizo después un hermano mío aquí al lado de la nuestra. Ya todos mis hermanos tienen sus casas aquí. Ellos tenían sus mujeres allá afuera en la Habana, pero en la medida que los han ido botando, venían para acá(...) El resto de las gentes, empezaron a venir después. A muchos de ellos, nosotros mismos les dimos el pedazo de tierra para que construyera. Les decíamos, coge ese pedazo, chapéalo y construye tu casa. No éramos los dueños, pero lo regalábamos. Nunca vendimos, ningún pedazo de tierra. Eso empezó después. Como la íbamos a vender o a negarle a alguien que hiciera un cuarto donde meterse, si nosotros

sabíamos lo que era estar días, semanas y meses viviendo en la calle, sin un techo que te cobijara. Hoy te piden de 2000 a 3000 pesos por un pedazo de tierra para hacer un cuarto(...) Leyva no era una buena persona. Ese trataba de cobrártelo todo. Nos dejó coger la electricidad de su casa pero nos la cobraba. Todo no los quería cobrar, hasta el agua del pozo. En ocasiones quería que trabajáramos para él. Ya él no vive aquí, se mudó.(...) Esta no es mi casa. Aquí vive una muchacha que trabaja en una chopping y su hermano. Pero ella anda medio ajuntada con un hombre que tiene casa allá afuera. Y su hermano casi nunca viene por aquí. Por eso nos prestaron la casa hasta que arreglemos la nuestra, así le vamos cuidando las cosas de ellos. La casa de nosotros está más allá, cerquita de la cañá. Lo que pasa es que en las últimas lluvias, la crecida del cañaón y un gajo de una mata de mango que le cayó encima, acabó con la casa que teníamos construida. Ahora estamos luchando, con la ayuda de mis hermanos por levantarla nuevamente(...) Yo le digo a mi mamá que muchas de estas cosas nos pasan por lo mal que ella atiende a su San Lázaro. Hace tiempo que le tiene prometido un toque de santo y llevarle los kilos que le tiene recogido al Rincón. Pero ella cuando tiene algún dinero, lo que hace es cogérselo para comprar tabaco para ella fumar o para el pan del día. Con los santos no se juega. ¡Como voy a estarle pagando promesa cuando me tira la casa abajo y me tiene con esta pierna inchá – interviene la madre que hasta ese momento solo había asentido -, con una linfagitis que no me deja mover!. Ya yo se lo dije, que si me pongo bien, le doy el toque de santo, si no, nada de eso. Por eso lo tengo como lo tengo. De castigo, tapao y virao pa' la pared, en un rincón bien oscuro. Si no me da lo mío no va a ver nunca la luz del sol. De allí no lo saco hasta que la casa no se vuelva a levantar y yo no vuelva a caminar. (Notas de Campo. Informantes Mestizas, Amas de casas, nacidas en Santiago de Cuba, madre 72 e hija 28 años, menos de 6^{to} grado la primera y con 9^{no} grado de escolaridad la segunda, en el momento de la entrevista estaban viviendo en la casa de un vecino que se la tenía prestada, porque a la de ellas le había caído una mata de mango encima y la estaban reparando.)

La mujer saca de un rincón una caja de cartón y de dentro de ella, una escultura de un San Lázaro Católico, de unos 40 centímetros de alto, envuelto en tela de saco y con la cabeza cubierta con una capucha de tejido de algodón de color violáceo. Lo toma en sus manos, le destapa la cabeza y lo enseña para sentenciar: *Mira, así lo tengo, de castigo. Él me va a tener que escuchar.* En la postura que asume ante lo divino, convirtiendo en imperativo el ruego, haciéndose señor de quien debería ser siervo, hay mucho de ese revelarse ante tanta miseria, ante tantos golpes de la vida. Es también el grito desesperado de quien nunca ha sido escuchado y no se resigna a ello, porque ello lo anula en su existencia. Es el revelarse y resistir ante todo ello, ante las circunstancias que los oprimen y los obligan a dominar y esclavizar las fuerzas de lo divino, porque ellas también en cierta forma los han olvidado.

Esa sensación de olvido los hace muy sensible a los actos de tenerlos en cuenta. A la entrada de uno de los callejones se puede ver clavado en un poste, un cartel sobre madera rústica y letras desproporcionadas que señala: “Callejón Leticia”. Ese nombre, según relató la primera persona que nos introdujo en el barrio, fue escogido por los residentes de la comunidad, porque por él anduvo como en diez ocasiones, una Trabajadora Social que así se llamaba, para llegar a la casa de una persona con retraso mental. El nombre de esa persona, fijada en la toponimia, lo convirtieron así, en un monumento al “tenernos en cuenta” y en un icono a la esperanza.

Los testimonios referidos brindan una idea del proceso de formación de este tipo de comunidades y los mecanismos a través de los cuales se fueron poblando. Por un lado dejan ver cómo un espacio suburbano, que no se ha ocupado y se convierte en tierra de nadie, es utilizado por

determinadas personas. Los vínculos de parentesco actúan como redes de solidaridad a través de los cuales los emigrantes se van apropiando del suelo y constituyéndose en comunidad. Tal solidaridad tiene otros mecanismos que llegan hasta los vínculos reticulares que se establecen en el mercado negro. Todo lo anterior se ve fortalecido por las limitaciones de vivienda y las condiciones de su tenencia y adquisición

Así, estar en el barrio impone de hecho una oposición con los “*de allá afuera*”. Este sentimiento y esta certidumbre tienen una fuerza tremenda en las representaciones colectivas de las gentes que aquí habitan. Se las dicta las condiciones de vida y su situación de ilegalidad que los hace distintos de los otros y únicos como miembros de la comunidad. De este modo, la identidad que se forma está profundamente marcada por ese principio de oposición que es omnipresente en todos los aspectos de la vida y abarca o participa de la mayoría de las representaciones colectivas y de cada persona. Aparece, por tanto, constantemente en los más diversos temas de conversación. En consecuencia, la formación del barrio no se limita al simple hecho de llegar y ocupar un espacio físico para construir una vivienda. Implica también, la conformación de esa actitud sociopsicológica que va marcando la diferencia y la identificación, aspecto que forma parte del proceso de reterritorialización del emigrante que ocupa un espacio virgen. De este modo, hasta en la toponimia que van creando en el nuevo lugar de asentamiento queda la huella de la ocupación y de los patrones familiares y de parentesco que siguen esta emigración: “*el área de los Sánchez*”.

De la oposición a la resistencia, como principio de una identidad escindida.

La vida de los sujetos sociales, asentados en el “llega y pon”, no puede ser analizada sin un acercamiento teórico conceptual a la cuestión de la identidad cultural, individual y colectiva, como constructo que nos permite proyectar en un conjunto de relaciones sociales nuestra existencia.

Como concepto teórico, el término identidad, hace referencia a procesos que nos permiten asumir que un individuo o colectivo, en determinado contexto, es y tiene conciencia de ser el mismo, conciencia de sí que se expresa en su capacidad para diferenciarse de otros, identificarse con determinadas categorías, desarrollar sentimientos de pertenencia, mirarse reflexivamente y establecer narrativamente su continuidad a través de transformaciones y cambios. (de la Torre:2001; 82)

Más, es la marginación el proceso que está determinando el sistema de conocimientos y valores, los esquemas de percepción y autopercepción, la producción de símbolos, los modelos de comportamiento y todo el conjunto de procesos de socialización a través de los cuales se proyectan los individuos del asentamiento. De este modo, toda su existencia está marcada por un principio de oposición que genera una cultura de resistencia ante los mecanismos que sustentan el status quo que los margina y empobrece.

Como consecuencia, ese sujeto que se sabe objeto de la marginalidad, necesita legitimar la ocupación cultural del espacio que tan activamente ha protagonizado, como mecanismo consciente de confirmación y a la vez de evasión de su realidad social, a la que está atado inexorablemente por una posición de subordinación en la estructura de poder. De tal forma, ese sujeto asume dos posiciones que no son sino respuestas psicológicas que les permiten explicarse su existencia. Así, justifica todas sus acciones para autopercebirse como un ser más aceptable socialmente, con lo que realiza perennes incursiones a su pasado y reconstruyéndolo lo proyecta hacia el futuro, desde un presente tan intensamente cambiante. De esta forma, logra un sentido

de continuidad identitaria-yo era así por... y ahora soy así por...- que fortalece y da sentido a su mismidad como grupo y en el que la verdad histórica no importa sino el posicionamiento estratégico en el nuevo entramado social.

De otra manera, aceptando su realidad se compromete en una acción social que revierta su situación en el sentido deseado, aspecto que adquiere más significados en su relación con el otro, que es el de afuera del asentamiento. Se va construyendo, entonces, una identidad que se origina en oposición a un “otro” que es legal, que tiene una canasta básica, que tiene un empleo legal, que tiene agua potable y un “yo” que es todo lo contrario, pero que ambos participan de una experiencia y un sentimiento común: ser cubanos en Cuba.

Así, se desarrolla una lucha que cuestiona su identidad social, pues esta tiene muy poco positivo que aportarles y se busca construir otra identidad que de cauce legal a sus vidas. Estas luchas bien pudieran catalogarse como antiautoritarias, por medio de las cuales se ejerce un poder que antagoniza, estratégicamente, las relaciones con el Estado fundamentalmente, por ser el poblador de afuera del barrio un ente con el que compiten pero que también les permiten beneficiarse de sus ventajas jurídicas: tienen acceso legal a los servicios de electricidad y de acueducto, los que comparten, fundamentalmente, con los pobladores del barrio en franco proceso de solidaridad.

De esta forma, son luchas inmediatas a través de las cuales se resisten o cuestionan las instancias de poder que están más cercanas a ellos, aquellas que ejercen su acción directa sobre los individuos y no luchas dirigidas contra el sujeto legal, a cuyo status aspiran. Son luchas que cuestionan, esencialmente, el status de exclusión, impugnado aquello que los oprime y los fuerza a volver sobre sí mismos, atándolos a su propia y repudiada identidad: habitante de un asentamiento ilegal. El objetivo no es atacar a un grupo, clase o institución en particular, sino a una práctica o forma de poder que los margina y los excluye del orden social. Así, desarrollan acciones por medio de las cuales tratan de incidir en las acciones que se despliegan para cerrárseles las puertas de la ciudad o nicho en el que han decidido asentarse. La apropiación ilícita de la electricidad, la compra y venta en el mercado negro como una cuestión de normalidad, el soborno a los agentes del orden, son algunas de las acciones que les permiten vivir y por medio de las cuales racionalizan su discurso de victimización a través del cual fuerzan a una actitud legitimadora por parte del Estado, que puede desembocar en una estrategia ganadora.

Todo ello condiciona la creación de una ideología que sustenta esa identidad que funciona desde un principio de oposición y resistencia, expresada en:

1. Concebirse a sí mismos como víctimas de conductas excluyentes, opresoras, las que pierden todo sentido cuando son confrontadas con sus historias precedentes pues: “... *nosotros somos revolucionarios, fidelistas y estamos dispuestos a luchar por el país porque somos gentes de Patria o Muerte...*” Se crea entonces una identidad positiva que refuerza su autoestima y contradice toda conducta oficial de coacción respecto de sus vidas; por ello,
2. Deciden afirmarse y buscar reconocimiento a su realidad al compararse con los que abandonan al país, ante lo cual, la limitación de lo que ellos perciben como sus derechos, aparece como un contrasentido: “... *Nosotros no buscamos madera para hacer balsas e irnos del país, sino para construir casas y quedarnos viviendo en Cuba. Y somos ilegales en nuestro propio país...*”
3. De esta forma, asumen la ideología y los métodos de la lucha política de la Revolución para su autodefensa y su reafirmación, con lo que dejan al discurso político oficial de legitimación

del sistema cubano en un vacío ontológico. “ ¡ La Revolución acabó el desalojo! , ¡Viva Fidel, viva la Revolución!, ¡Nuestros hijos tienen los mismos derechos que Elian!, son algunas de las frases que con mayor intensidad hacen llegar a cualquier interlocutor. Sí bajo estas consignas, como desafío, como postura contrahegemónica, las instancias de poder del Estado deciden volverse contra los habitantes del asentamiento, estarían volviéndose contra ellas mismas y esa incoherencia entre el discurso político y el hecho en sí argumenta el contrasentido.

4. Así, legitiman su situación a partir de la comparación con las condiciones de vida en el pasado. Su existencia en el “llega y pon” ha sido concebida como una salida y solución a sus vidas, donde el posicionamiento estratégico en los espacios preferenciales de la capital es la base de sus conductas transgresoras en las que,

5. La actividad en el mercado negro, como única salida de sobrevivencia, es visto con toda normalidad ante la pérdida de la connotación negativa de lo ilegal, por representar ello un imperativo de existencia. La actividad del rebusque que permite un comercio del reciclamiento, la producción y venta de variados productos, son algunas de las principales actividades que se realizan para procurar un precario sustento en el que la alimentación adquiere toda centralidad. Por ello, fundamentalmente, se asume la vida como una “lucha” atroz por la existencia, de la que no escapan incluso aquellos que deben cuidar los intereses del Estado y cuya situación de marginalidad y exclusión matiza su moral, asentada en actitudes normalizadoras y transgresoras de esas normas sociales: los policías que viven en el “llega y pon”.

6. Todo ello, unido a la precariedad de la vivienda y a la imposibilidad de acceder a un trabajo de forma legal, genera una autopercepción del colectivo como pobres, aunque diferentes respecto del pobre latinoamericano, cuya imagen les llega a través de los medios masivos de comunicación y del discurso político. Por ello, la percepción de pobreza se atenúa cuando se mira respecto del nivel de enseñanza, que actúa como un capital simbólico a partir del cual se puede trazar una estrategia de vida triunfadora en caso de que se legitime su situación. El grado de instrucción es visto como un potencial de competitividad en aras de una actividad laboral que les garantice su existencia. Ello obliga a relativizar en nuestro contexto los procesos de pobreza y marginalidad.

7. Una mentalidad que tiende al reconocimiento de lo mágico religioso y de dominación de lo sobrenatural como escape a la situación de pobreza, lo que conduce inexorablemente un pensamiento religioso heterodoxo, que reconoce la posibilidad de prácticas religiosas diversas y utilitarias.

Ello les provee de un poder comunitario y les da una intensidad vívida a su identidad colectiva, que deviene en una fuerza contrahegemónica ante cualquier posibilidad de coacción que exceda su umbral de tolerancia.

De tal forma, entre los individuos del “llega y pon” está funcionando una identidad social que se expresa en la conciencia de mismidad (saberse marginados, excluidos) a partir de la capacidad para mirarse reflexivamente y establecer un discurso de continuidad que da sentido a sus vidas (apreciar las condiciones actuales de vida como superiores a las pasadas) y por medio del cual han desarrollado un fuerte sentimiento de pertenencia que se expresa en la concientización de categorías que los identifican (palestinos, ilegales, pobres, gente del llega y pon) y que actúan como ideales que pugnan contra los factores que están matizando su ser identitario como individuo y como colectivo asentado en un “llega y pon”.

Todo ello les permite adaptarse y resistirse a las condiciones de privación y encauzar un proyecto de legitimación por medio del cual transformen radicalmente su status social.